Día 22

SALMO 23

«El SEÑOR es mi pastor, nada me faltará…»
(Sal. 23:1).

Los truenos sonaban estrepitosos. Yo tenía tan solo unos cinco años, y en aquel entonces el cuarto en donde dormía se encontraba en la parte trasera de la casa, al final de un pasillo largo. Mis padres dormían en el extremo opuesto de la casa, lo que en esa noche me parecían kilómetros de distancia.

Yo tenía miedo. Así que hice lo que cualquier niño de esa edad haría: pedí a mi mamá a gritos. En ese momento de miedo, quizás olvidé que mis padres, aunque no los podía ver, verdaderamente se preocupaban por mí y no dejarían que nada me pasara.

¿Alguna vez te has sentido así? Probablemente. Tendemos a olvidar que Dios cuida de nosotros. El Salmo 23 nos recuerda que,

puesto que Dios es nuestro Pastor, podemos confiar en Él.

En este salmo, el más famoso de la Biblia, primero observamos que *Dios es nuestro confortador*. Él el es el Pastor que suple aquello que nos falta (v. 1). Cuando necesitamos descansar, Él es capaz de proveer nuestro descanso (v. 2). Es el único que trae verdadero confort a lo más profundo de nuestro ser, y nos guía por el camino correcto (v. 4).

Varias veces mi GPS ha provocado que me pierda. Puesto que es impersonal, el GPS no sabe cuándo me está enviando por un camino peligroso (¡cosa que me ha sucedido más de una ocasión!). Pero ¿sabes algo? Con Dios no es así. Él nos guía correctamente, y conforta nuestra alma cuando más lo necesitamos.

Segundo, este salmo nos recuerda que *Dios es nuestro protector*. Invertimos mucho dinero en protección. Protegemos nuestros autos, nuestras casas, y compramos seguros médicos. Pero si eres creyente, sabes bien que, si bien es correcto ser prudentes y hacer lo que nos toca con respecto a estar protegidos, al final estamos en las manos de Dios. Y si es Su voluntad que pasemos por un valle de sombra, no tenemos por qué temer: «… tú estás a mi lado» (v. 4).

No hay nada que te suceda que no haya sido planeado por Dios para que crezcas en santidad y en el conocimiento del Dios altísimo. Incluso Job, después de todas sus calamidades, y de recibir consejos no muy atinados de parte de sus amigos, al final reconoció: «De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos» (Job 42:5).

Finalmente, este salmo nos enseña que *Dios es nuestro proveedor*.

Incluso si somos tratados con injusticia, Dios provee justicia final delante de quienes nos hicieron algún mal (v. 5a). La provisión del Señor es tal que podemos decir como el salmista: «… has llenado mi copa a rebosar» (v. 5b). Por si eso fuera poco, la bendición de Dios para con sus hijos es continua (v. 6a), tanto que se extiende a toda la eternidad, cuando moremos con Dios en la nueva tierra, donde podremos habitar con Él (v. 6b).

Pues aquella noche de truenos, después de mis gritos, apareció mi madre al final del pasillo. Lo último que recuerdo de esa memoria es cuando corrí a sus brazos.

Si te sientes abrumado, puedes estar seguro de que Dios está al final del pasillo. Puedes correr hacia Él y te recibirá en sus brazos. En nuestros momentos de mayor dificultad, podemos confiar en Dios, nuestro Pastor. Somos ovejas de Su prado. Dios no se ha olvidado de ti. Estás en sus pensamientos. Pon tu confianza en el Pastor de tu alma.